HISTORIAS

La muerte del Cóndor

Durante quince años, la Argentina alimentó la decisión de controlar la tecnología de construcción de cohetes. Se trataba de un arma sofisticada, pero también hubiera significado colocar al país en el selecto grupo de países capaces efectuar lanzamientos espaciales. Ahora, no tenemos ni lo uno ni lo otro.

Por Alejandro Tortolini
atortolini@e-mi.com.ar

Los funcionarios presentes en la base norteamericana estaban satisfechos.

Todo había salido según lo planeado. Los técnicos colocaron la última de las carcazas en la prensa hidráulica, y la accionaron. Con un fuerte chirrido, las mandíbulas de metal aplastaron las ultimas piezas del aparato.

Así terminaron los esfuerzos de muchos técnicos, científicos y militares argentinos que, a miles de kilómetros de allí, habían participado en el proyecto de un cohete argentino.

Eso fue todo. El Cóndor quedó reducido a bloques de chatarra. Pudo haber elevado 500 kilos de carga útil hasta unos 1.000 km de altura, pero cayó (o lo dejamos caer). Había nacido como un proyecto de defensa en el contexto de la dictadura, pero –más tarde o más temprano- nos hubiera permitido participar en el mercado de los lanzamientos de cargas al espacio.

La historia del Cóndor sigue aún hoy rodeada de misterios. En ella se entremezclaron vendedores de armas, traficantes de tecnología, financistas, agentes secretos, militares y científicos. Hombres de empaño y también traidores. Un verdadero concierto de claroscuros.

No es que nunca hubo intentos por recuperar la memoria sobre sobe esta historia ya casi olvidada. Fueron varios los periodistas que investigaron el programa Cóndor: Barcelona y Villalonga, Daniel Santoro y Martín Granovsky. Sin embargo, hay sutiles diferencias entre estos trabajos y otras fuentes dispersas. Y aún hoy, después de 15 años, es casi imposible obtener imágenes del cohete o lograr una entrevista con quienes participaron en su construcción. De alguna forma, el secreto del Cóndor sigue bien guardado.

Retrocediendo la película.

El Proyecto Cóndor marcó el punto más alto en el esfuerzo que hizo la Argentina por estar presente en proyectos de defensa con amplias proyecciones civiles. como la investigación espacial.

Desde que los rusos

pusieron en órbita al *Sputnik* en 1957, todos los países poseedores de tecnología (solos o asociados) consideraron al espacio como la nueva frontera. Y la Argentina no fue la excepción en el intento de pretender estar presente en ese desafío.

En 1979 la Fuerza Aérea Argentina y la firma Consen, (subsidiaria de la alemana Messerschmitt-Bölkow-Blohm), entonces una empresa del estado alemán, acordaron comenzar a trabajar en la construcción de un misil en Argentina, con aplicaciones tanto en el campo militar, como en la puesta en órbita de satélites.

A fines de ese año comenzó la construcción de la fabrica de Falda del Carmen. Esta planta fue hecha cumpliendo con los estándares mas altos de calidad y seguridad, y hasta su desmantelamiento (en 1992) fue una de las instalaciones militares más secretas de la Argentina.

Pero fue la Guerra de Malvinas la que dio un impulso decisivo al objetivo de lograr una posición independiente en lo referente tecnología misilística.

De alguna manera, Malvinas demostró a los militares de la dictadura, los riesgos de depender de terceros países en la provisión de tecnología. A mano estaba el ejemplo del Exocet, puesto en servicio sin la asistencia técnica del fabricante francés.

Para cuando la guerra terminó, el proyecto ya llevaba tres años de avances y ensayos sobre la base de la propuesta alemana. Ella estaba en sintonía con las necesidades de los

Una caja de juguete para sostener la memoria. De la mano de hobbystas argentinos, el Cóndor sigue despegando.

militares argentinos. Pero también obedecía a una necesidad de los europeos de avanzar con un contrato previo con Egipto para la construcción de misiles.

Según otras versiones, la empresa Consen consiguió que los egipcios financiaran el proyecto con posterioridad, cuando a los aviadores argentinos se les habían acabado los fondos (fines del ´84 o principios del ´85). No podemos precisar cuál de las dos versiones es la más exacta. Pero el hecho concreto es que, en un momento determinado, el proyecto de fabricación en Argentina del misil continuó con financiación egipcia, y con la empresa Consen haciendo de intermediaria entre las dos puntas.

¿Por qué Egipto? Porque desde el final de la Guerra de los Seis Días, Egipto había buscado (con suerte diversa) proveerse de misiles, enfrentándose al mismo problema que había tenido la Argentina luego de Malvinas. Esto lo convertía en un socio ideal. Pero otras fuentes sostienen que la verdadera fuente de financiación detrás de Egipto era Arabia Saudita. Más tarde, los Estados Unidos comenzaron a presionar por la terminación del proyecto, a través de señalar a Irak. Esta es la versión que en 2000 sostuvo Robert Walpole, oficial de la CIA, en su declaración ante el Subcomité de Seguridad Internacional y Proliferación del Senado de los Estados Unidos. La versión es interesante porque Walpole fue uno de los agentes que fueron presentados como "científicos" por el gobierno norteamericano a efectos de inspeccionar la fabrica de Falda del Carmen, en 1991.

En lo que todas las versiones concuerdan es que en el Proyecto Cóndor los argentinos pusieron la mano de obra técnica, los europeos la tecnología y los egipcios el dinero. Y que Argentina se quedaría con los conocimientos y la tecnología, los egipcios tendrían sus misiles y los europeos enormes ganancias. Todos contentos.

La trama. ¿Cómo hizo la firma Consen para llevar adelante el negocio de proveer a los egipcios y conseguir los materiales necesarios (sobre los que pesaban vigilancias internacionales) para la fabricación en la Argentina? Creando una red de empresas subsidiarias para que consiguieran

todo lo necesario. Así, distintos reportes mencionan a SNIA-BPD, una subsidiaria de FIAT (aportó en la tecnología del combustible sólido); Transtechnica, subsidiaria de MBB; la compañía francesa Sagem, (aportó el guiado del misil); la alemana MAN, Delta Consult, Ifat o Desintec.

El proyecto se dividía en dos etapas: la primera, apuntaba a desarrollar la tecnología del combustible sólido y a construir un modelo de pruebas (el Cóndor I). La segunda, esperaba lograr un vehículo de dos etapas, dotado de mecanismos automatizados de control de navegación, con la capacidad de llevar 500 kilos más allá de los 1.000 km.

Una familia de empresas. En los tiempos de la vuelta de la democracia, la planta de fabricación estaba casi terminada y el proyecto se encontraba en un punto crucial. A comienzos de 1984, el gobierno radical fue informado por los aviadores de la existencia del proyecto, y de la necesidad de apoyarlo para seguir adelante. Los radicales decidieron apoyarlo, principalmente porque era una forma de mantener "ocupada" a la Fuerza Aérea y alejarla de la entonces conflictividad política del Ejército y la Armada. Y además, porque abría la posibilidad de exportar la producción, con lo que se presentaba como una nueva forma de obtener fondos para el flaco presupuesto militar.

El radicalismo se enteró formalmente del proyecto Cóndor cuando Raúl Tomás (entonces, subsecretario para la Producción de la Defensa), se reunió con el jefe de la Fuerza Aérea, brigadier Teodoro Waldner. Curiosamente, el brigadier no consideraba al Programa Cóndor fuera un tema prioritario para la Fuerza. Es que como muchos otros aviadores prefería que los fondos oficiales se destinaran a invertir en reponer y modernizar la flota de aviones de combate raleada tras la Guerra. O, en todo caso, avanzar en otro proyecto importante en danza: la construcción del entrenador IA-63 Pampa.

Los radicales dieron luz verde al proyecto con fondos egipcios y el Presidente Raúl Alfonsín firmó en abril el decreto secreto 604/85, por el cual Argentina acordó entregar 44 motores a Egipto.

Consen y la Argentina continuaron buscando y obteniendo la tecnología que se necesitaba. Las restricciones post-Malvinas se saltearon con ingenio. Compras a través de la red de empresas, o realizadas por entidades de investigación "inmaculadas". Componentes para los sistemas de guiado, elementos para la fabricación del combustible sólido, las partes para la cola basculante del misil. Todo llegaba y el Cóndor crecía.
En 1987, en su discurso con ocasión del 75° aniversario de la Fuerza Aérea, el brigadier Crespo, sucesor de Waldner, planteó que la Argentina debía decidir si iba a convertirse o no en exportador de material bélico. ¿Acaso fue la sombra del Cóndor la que forzó esa pregunta dirigida al poder político? Es que, sobre todo a partir de 1986, Inglaterra e Israel habían comenzado a seguir de cerca lo que se hacía aquí. A Inglaterra le preocupaba que Argentina obtuviera un misil de largo alcance que pudiera alcanzar las Malvinas. A Israel le preocupaba que, a través de Egipto, el misil llegara a manos de sus enemigos en Medio Oriente. Ambos países se ocuparon de llamar la atención de los estadounidenses.

Mientras los argentinos seguían trabajando en el misil, el socio egipcio decidió apostar más fuerte y montó una jugada audaz: conseguir componentes en los mismísimos Estados Unidos. En 1988, Fuad Algamal, un brigadier de la Fuerza Aérea egipcia, llegó con pasaporte diplomático para comprar todos las partes necesarias, pero sus actividades fueron

Ficha Técnica del Cóndor II

- Vector de 2 etapas. Se preveía una versión modificada para la puesta en órbita de pequeños satélites, agregándole una tercera etapa.
- Altura: unos 16 m. por 0,80 m. de diámetro.
- Carga útil: unos 500 kg.
- Alcance: 1.000 km.

monitoreadas por agentes estadounidenses. Y en junio, hubo una formal acusación a las empresas estadounidenses por transferencia ilegal de tecnología.

Luego de ese traspié egipcio, todo cambió. Se desplomó el andamiaje de la cobertura con las empresas "pantalla"italianas. Y en septiembre, Fiat debió emitir un comunicado negando haber tenido participación alguna en el proyecto Cóndor II.

El final. La presión ejercida por los Estados Unidos siguió aumentando y la alemana MBB se retiró del negocio (según algunos analistas, para evitar poner en riesgo su "lucrativo rol" (sic) en varios proyectos multilaterales de la OTAN.

También a través de distintos contactos oficiales, (especialmente del entonces embajador Terence Todman), los Estados Unidos sostuvieron que la existencia del Cóndor II era un obstáculo para las buenas relaciones entre los dos países.

El argumento fue "comprado" por los ministros Di Tella y Cavallo. Ambos funcionarios de la administración Menem fueron quienes más presionaron para abortar el proyecto.

Del lado argentino, y ante los reclamos estadounidenses, las declaraciones del ministro de Defensa, Erman González, sonaron no creíbles. Repetía hasta el cansancio que el proyecto había sido paralizado por orden del presidente Menem. Pero los norteamericanos desconfiaban de la capacidad de los políticos de controlar lo que hacía la Fuerza Aérea, y siguieron con su doble juego: presionar por un lado y prometer ventajas economicas para la Argentina, por el otro.

Ya en el ´91, los estadounidenses consiguieron una autorización para enviar a un grupo de "científicos" a Falda del Carmen y otras instalaciones argentinas. Los observadores se retiraron convencidos de que había más de lo que se les había mostrado y elaboraron un informe para Todman en el que se afirmaba la presencia en la fabrica de elementos para construir misiles de combustible sólido.

El contexto de la política de alineamiento incondicional del Presidente Menem favoreció a los sucesivos intentos de los estadounidenses. Incluso, más allá del anuncio argentino de adherir al Régimen de Control de Tecnología Misilistica. Para ese tiempo, Todman llegó a solicitar la voladura de la planta de Falda del Carmen.

Finalmente, se le puso fecha a la defunción del Cóndor: sería el 28 de mayo de 1991. Entonces, el ministro Erman González anunció el desmantelamiento del proyecto y el pase de todas las instalaciones y personal a la flamante Comisión Nacional de Actividades Espaciales (CONAE), cuya creación se anunció en el mismo acto.

El Cóndor murió, pero aún hubo otra una pelea por sus despojos. Los norteamericanos querían que sus componentes fueran destruidos en los Estados Unidos, algo inaceptable para los aviadores argentinos. Y al fin, se debió llegar a un acuerdo para que las partes se destruyeran en España. Ese sería el supuesto destino definitivo del pájaro argentino. Pero tampoco fue así. Y en un extraño pase de magia, los restos del misil fueron llevados de España a los Estados Unidos, dónde realmente ocurrió la escena que describimos al comienzo.

El Proyecto Cóndor fue un desarrollo argentino que aspiró a lograr independencia tecnológica en áreas clave para los intereses nacionales, como son la investigación y la defensa. También fue un proyecto que nos hubiera permitido ingresar al club de países con lanzadores espaciales.

Imaginamos que muchos de los técnicos y científicos del Programa Cóndor siguen entre nosotros. Quizás fuera una sólo cuestión de decisiones. De ofrecer garantías para su uso uso pacífico. Es decir, una cuestión de inteligencia, pero también de voluntad. Porque siempre será oportuno recordar que el Cóndor murió... porque lo dejamos morir.

El Proyecto Cóndor fue un desarrollo argentino que aspiró a lograr independencia tecnológica en áreas clave para los intereses nacionales, como son la investigación y la defensa (...) Y también nos hubiera permitido ingresar al club de países con lanzadores espaciales.

***El Disparador** espera su opinión en www.e-mi.com.ar/foros.htm*